

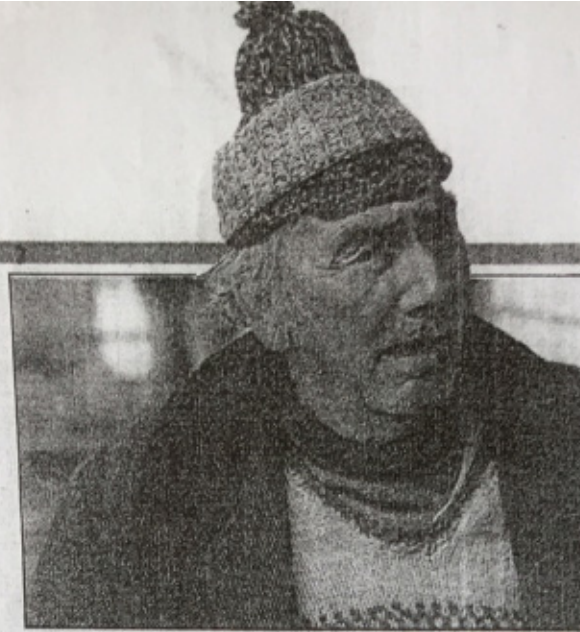
# DOMINGO

revista del



## “VIVIMOS LA REVUELTA DE RÁNQUIL”

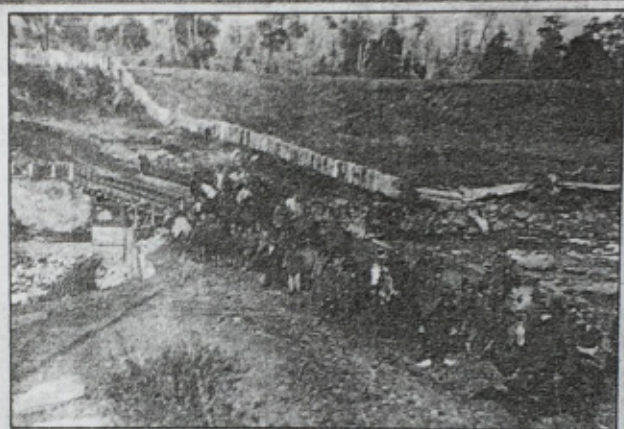
Juan Domingo Lagos y su esposa Zobeida participaron en el levantamiento campesino que hace cincuenta años manchó con sangre el valle de Lonquimay. En páginas centrales, reviven la historia que los marcó para siempre.



TRAYECTORIA. Toda parte en Trayo, al interior del fundo Ránquil. Luego, revienta la zona de Guayalí, en donde los rebeldes asesinan a los tres carabineros del retén. En el fundo de Lolco, con los insurrectos acorralados, termina todo.



REBELDE: Hace cincuenta años, Juan Domingo Lagos participó activamente en el levantamiento campesino. Se le acusó de haber muerto a dos pulperos. Tuvo que arrancar a Argentina. Hoy lo encontramos de nuevo en Lonquimay.



PEDAZOS DE HISTORIA: En blanco y negro, el momento en que Carabineros detiene a un grupo de revoltosos. En colores, lo que queda del puente Ránquil donde se produjo el primer enfrentamiento.

Murieron dueños de fundos a manos de campesinos. Campesinos a manos de carabineros. Carabineros a manos de campesinos. La prensa, dependiendo del color político, se abanderó. Para unos, una revolución comunista parte de un complot internacional. Para otros, nada más que una cacería de campesinos. Lo concreto es que el Biobío se tiñó de rojo hace medio siglo.

# la revuelta

Texto: Pedro Alvarez Fotografías: Alfredo Gildemeister

**M**

inutos antes de que el cañón del cerro Santa Lucía marcara el mediodía, un urgente telegrama, enviado por el jefe de aduana de Lonquimay, llega al escritorio del presidente Arturo Alessandri Palma:

*"Movimiento sedicioso carácter comunista estalló Ránquil. Saquearon pulperías. Al parecer, muertos."*

Suena un timbre. El mandatario, preocupado de la renegociación de la deuda externa (¡sí, deuda externa!), decide poner rápido atajo. Aparece Luis Salas Romo, su ministro del Interior. Ordenan a Carabineros actuar "con toda energía y sin contemplaciones contra los facciosos".

Y eso que aún no saben que en Victoria, Lautaro y Curacautín las calles están llenas de panfletos firmados por el Partido Comunista de Concepción: "Luchemos por la constitución de los Soviets de obreros, campesinos e indios, única forma de obtener el goce libre de la tierra. ¡Por el pan y la libertad!"

La revuelta de Ránquil, en junio y julio de 1934, que enfrentó a campesinos y carabineros, fue bien revuelta desde el principio. Para unos, claramente comunista. Entre ellos, Carlos Altamirano Rodríguez, padre del Altamirano de todos conocidos. Escribía a *El Mercurio*, en 1934: En Ránquil, los colonos "no conocen la palabra trabajo; se vive al día; se contrabandea con Argentina; cada casa es una cantina, y cada techo, un garito; y en tierras tan bien cultivadas para semilla de canallería, cae día a día la prédica de un comunismo de pillaje".

Del otro lado, el diario *La Opinión*, izquierdista hasta la

médula. A todo el ancho de la primera página titulaba: "Cacería de colonos en Lonquimay". Uno de sus editoriales: "Tenía que ser el gobierno del señor Alessandri, al servicio de señores feudales, el que, en pleno rigor del invierno, despoja de sus propiedades a los campesinos arrojándolos a la miseria y a la desesperación."

## MALABARES DE UN CABECILLA

Todo sucede 150 kilómetros al interior de Temuco, en plena cordillera, por donde empieza a escurrirse el río Biobío, en lo que se conoce como la colonia de Ránquil. En uno de los fundos que pertenecía a Francisco Puelma Tupper y que, por orden del Gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, debió ser entregado a los campesinos de la zona para ser colonizado.

Los mismos inquilinos que desataron la revuelta sobre la que se han escrito dos libros y una obra de teatro, pero, desgraciadamente, desde la particular y novelada visión de sus autores. Una revuelta, eso sí, teñida con sangre de campesinos, dueños de fundos y carabineros.

En las memorias que pronto editarán sus hijos, Harry Fahrenkrog, un canadiense que llegó a Chile en 1918 y que murió hace un par de años, dice que los hechos tuvieron su origen en el manejo inadecuado del Sindicato Agrícola de Lonquimay a cargo de Juan Leiva Tapia. Este cabecilla, para unos chileno, y para otros argentino, lo usó en beneficio de sus intereses, aprovechando los problemas que sufrían los campesinos del sector.

Leiva había estudiado Derecho en la Universidad de Chile, de donde fue expulsado después de adherir a una

huelga. De allí, se muda a Victoria. Ejerce como tinterillo hasta que se traslada a Alto Biobío.

Cuando el Gobierno de Ibáñez ordena a Puelma entregar las 36 mil hectáreas de Ránquil para colonización (en total era dueño de 188 mil hectáreas de fundos), la ley establece que sólo gozarán del derecho a tierras aquellas personas o familias que las hubiesen ocupado desde antes de 1891. Pero Leiva Tapia ofrece hijuelas a todo el que se inscriba en el sindicato. Muchos son los que lo hacen, incluso cesantes de la crisis de los años 30, que habían llegado al valle de Lonquimay a trabajar en la construcción del túnel Las Raíces y los lavaderos de oro.

Con la venia de Ibáñez, Leiva Tapia divide Ránquil en una infinidad de pequeñas hijuelas en donde se amontonan los nuevos colonos. Debido al poco espacio de que dispone cada uno, pronto empiezan los problemas entre los achoclonados campesinos. Unos trabajan, otros no. Los animales de unos se comen el pasto de los otros. Las intemperadas nevadas terminan con gran parte del ganado. El hambre y la desesperación y el desconcierto se hacen presentes.

## ¿COMPLIT INTERNACIONAL?

Pero no son las únicas causas que conducen a la insurrección. Más al norte, en el fundo Guayalí, la misma Ley de Propiedad Austral alcanza a Martín Bunster, su propietario. Este debe entregar 4 mil hectáreas de las 60 del predio para que sean establecidos los primeros inquilinos y sus descendientes. Sin embargo, los campesinos beneficiados rechazan Guayalí, por riescoso e inadecuado



**CARA Y SELLO.** José Figueroa (extremo izquierdo), un revoltoso sindicado por la prensa de la época como cabecilla y puñalero. Al lado, dos policías heridos. El cabo José Reyes recibió un balazo en el muslo, y el carabinero Luis Maldonado, en la garganta.



**TESTIGO CANADIENSE:** Harry Fahrenheit, muerto hace un par de años, escribió las peripetias de la revuelta. Sus memorias se publicarán pronto.



**GUARDIA CIVIL.** Cuando las fuerzas policiales partieron a combatir el levantamiento, Lonquimay (abajo) quedó a cargo de una guardia de quince vecinos. Belisario Yáñez, sin más armas que una pistola de su propiedad, fue uno de ellos.



Piden a cambio, las tierras de Nitrito. Los topógrafos que miden sus futuros predios les aconsejan hacer un reclamo al gobierno solicitando el traslado.

Pero Leiva Tapia los convence de que no lo hagan y les propone tomarse a la fuerza todo el fundo Guayalí. Cuando los colonos son notificados de que deben abandonar sus tierras para ocupar las asignadas por ley, no lo hacen. Después de tres notificaciones, con sesenta carabineros se inicia el desalojo. Los colonos hierven. Son lanzados sin queles siquiera recolectar sus cosechas.

Todo lo aprovecha Juan Leiva Tapia. Era el fósforo que necesitaba para encender la mecha. Harry Fahrenheit asegura que todo se urdió en Montevideo, sede de la Central Comunista de Sudamérica. Allí asistió Leiva Tapia y se habría fijado el 24 de junio de 1934 como el día de un levantamiento comunista internacional, válido para toda la América del Sur.

Cristián Gazmuri, profesor de historia de la Universidad Católica, no cree en esa hipótesis. Según sus conocimientos, no es la táctica del comunismo moscovita chileno de la época. Antes del año 34 había abandonado la línea de la revolución por la fuerza.

—Estaban empeñados en la formación de frentes populares integrando al resto de los partidos de izquierda, que hasta hace poco eran enemigos.

La única explicación que encuentra Gazmuri es que Leiva Tapia era un trotskista, los que a la fecha eran comunistas peleados a muerte con los moscovitas.

Un antiguo rebelde que participó en la revuelta nos dijo

que Leiva Tapia había tenido con *Eliás Lafferte* (miembro del Partido Comunista pro moscovita) fuertes encontrones por los métodos que usaba el cabecilla de Ránquil.

Para Gazmuri no es extraño que los colonos se plegaran a Leiva Tapia en aquel demolidor invierno de 1934.

—Por esos años, en esa zona fronteriza y aislada, acostumbrada al contrabando con Argentina, era costumbre solucionar los problemas por la violencia.

#### TESTIMONIO DE UN REBELDE

Aquella mañana de San Juan de hace cincuenta años, todo estaba cubierto de nieve y en silencio. Sólo el turbulento Biobío, a pesar del frío escarchador, rompía la paz.

Nada presagiaba que tres "Juanes" festejarían su santo con sangre, ¡sangre humana! El pulpero *Juan Solezzi*, mientras se da vueltas bajo las tibias sábanas, ni lo sospecha. Tampoco el colono *Juan Domingo Lagos*.

Sólo Juan Leiva Tapia lo sabe.

Bajo su mando, un grupo de ochenta campesinos, madrugando más que de costumbre, llegan a la pulpería de Solezzi en Troyo. Dos se adelantan. Engañan al pulpero pidiéndole remedios para un enfermo grave. Solezzi no hace más que dar la espalda y le quitan el revólver. El mismo que usan para matarlo. Ante el disparo se levanta, en pijama, *Afonso Zañartu*, administrador de la reserva fiscal de Ránquil.

Al lugar entra una multitud que lo encierra en un círculo. Lo apuñalan quince veces. Cuentan que la sangre de

Zañartu saltaba a borbotones, rociando a los que lo rodeaban.

En el parte policial de la época, se acusa, entre otros, a Juan Domingo Lagos de las dos muertes de la pulpería. Hoy, a medio siglo de los sucesos, lo encontramos en Lonquimay, cuando tiene 84 años, una lúcida cabeza y sólo un maldito reumatismo que no le impide viajar más de doce horas a caballo a su casa en Ránquil:

—Aquí todos piensan que soy un comunista. Es cierto que de joven firmé por el partido, pero ahora no. Igual quedé marcado. Es que yo estoy del "lao" del pobre. Y ya se sabe. A todo el que es pobre y habla y lucha por el pobre lo tildan de comunista.

Pero no habíamos viajado al valle de Lonquimay, sorteando caminos desastrosos, nieve, viento y lluvia, sólo para esa respuesta. Más si sobran los dedos de las manos para contar a los testigos directos.

Un desayuno lo hace entrar en calor y retroceder a sus 30 años.

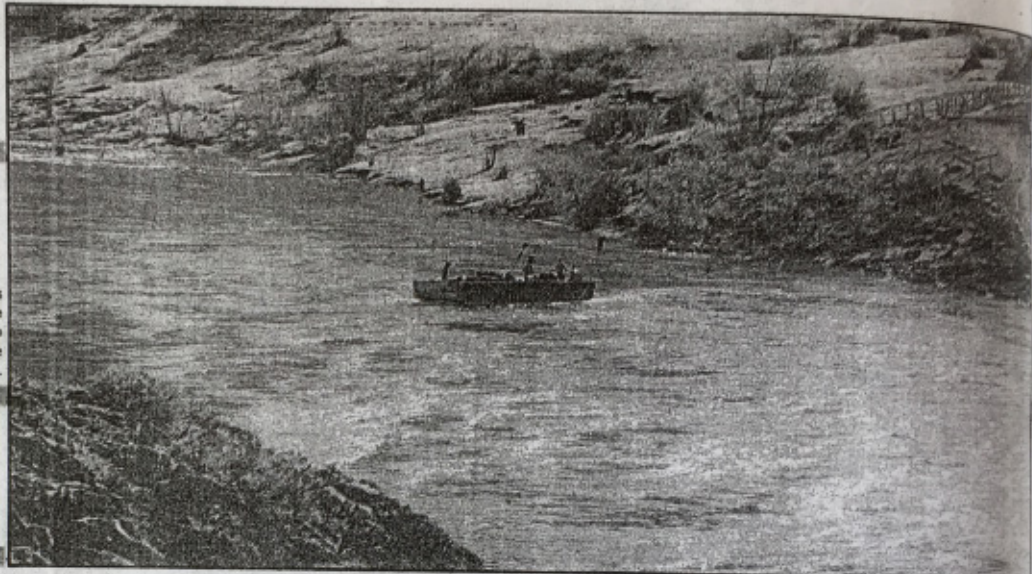
—Don Juan Domingo, ¿por qué se produjo la revuelta?

—Por causa de la "nevá" que había caído. Estábamos hasta el cogote de nieve y no teníamos forraje pa' los animales. Ese año lo perdí todo. De pura rabia, me enrolé. Claro que Leiva Tapia nos engañó. Nos invitó a una reunión en Ránquil p'hacer un reclamo al teniente de Carabineros. Queríamos correrlos pa' Chitpaco en donde la "nevá" no era tan cruel.

—¿Y?

—"Jua" a la reunión. ¡Pero no era na' pa' eso, ñhor! Propuso que hiciéramos una fuerza brutal pa' encarar a los

CARACOLES: Al comenzar la revuelta, los campesinos pretendían tomarse Lonquimay. Sin embargo, llegaron sólo hasta este sitio, a mitad de camino, porque los contrarios les cerraron el paso.



# la revuelta...

□□□ viene de la vuelta

carabineros y a los pulperos de Troyo. Lo primero que hicimos "jue" pedirle a Solezzi que dejara el campo, a la buena o a la mala. Pero el gallo se encachó y no quiso. Nos encachamos más nosotros y se acabó la cosa. Se "jue" Solezzi.

—¿Usted lo mató?

—No. No tengo idea quien lo hizo. No lo vi. Pero sé que se "jue". Leiva Tapia era el que mandaba matar. Se aprovechó de nuestros problemas. Tonteras que uno hace cuando es cabro.

¿No ve que yo era un gallo anafalberto, millonario en ignorancia? ¿Me iría a dar resultado meterme en política?

## POLICIAS AL ATAQUE

En las reuniones con los campesinos, Leiva Tapia había abonado el terreno para la revuelta. A unos los sedujo con el reclamo. A otros les aseguró que la revolución había estallado en todo el país y que el presidente Alessandri Palma estaba renunciado. Las tierras serían de ellos.

Para tomarlas, idean un plan. Se acuerda actuar en dos grupos. Uno, dirigido por el propio Leiva Tapia, se encargaría del fundo Ránquil. El otro, bajo el mando de los

hermanos Simón y Benito Sagredo, marcharía al norte, a Guayalí (ver mapa).

Dicho y hecho. Después de las dos muertes de Troyo, los rebeldes se dirigen a la otra pulpería, a cargo de Pedro Acuña. Lo matan y secuestran a su esposa. En el camino, reclutan nuevos adeptos, por la razón o la fuerza. Muchos campesinos que se resisten, se van por las aguas del Biobío. Se dice que en algún momento llegaron a mil los rebeldes.

Siguiendo el plan, un destacamento a cargo de Ismael Carter, llega a la balsa de Caracoles, donde está la pulpería de los hermanos Ackermann. La atiende el canadiense que había llegado a Chile en 1918, Harry Fahrenkrög. Un grupo se acerca. Fahrenkrög, gracias a su pistola, logra la libertad y huye hacia Lonquimay. En el camino encuentra dos policías. Los pone al tanto. Vuelven al pueblo y organizan, al mando del teniente Luis Cabrera y diez carabineros, la contraofensiva.

Lonquimay queda a cargo de una guardia de civiles. Belisario Yáñez, 76, fue uno de ellos.

—Como quince vecinos nos juntamos en la comisaría con

las armas que teníamos. Nuestras instrucciones eran cuidar el pueblo y correr bala de ser necesario.

Después de encargar refuerzos, los once carabineros se dirigen a la zona. A media tarde llegan a la ribera sur del puente Ránquil. Allí se encuentran con los rebeldes al mando de Leiva Tapia. El enfrentamiento, primero cara a cara, dura hasta que el sol se oculta. El teniente Cabrera se repliega a la casa de Manuel Salas (muerto por los rebeldes) en donde atienden a los heridos: el cabo José Reyes y el carabinero Luis Maldonado.

Del lado de los revoltosos, dos muertos.

## BIOBIO SANGRIENTO

Al día siguiente, el teniente Cabrera no encuentra resistencia en el puente. Lo cruza sin problemas. ¿Por qué?

Juan Domingo Lagos, nuestro testigo, lo sabe.

—Una vez más Leiva Tapia nos había engañado. Nos llevó al puente insistiendo que íbamos a hacer el reclamo pa' correrlos a mejores tierras. Tuvimos que enfrentarnos con

**PAISAJE MORTAL:** En este lugar, enclavado en Troyo, los campesinos amotinados liquidaron al pulpero Pedro Acuña. Dicen que su cuerpo se fue por las aguas del Biobío.



carabineros porque no había más remedio.

—Pero ustedes estaban bien armados...

—Párele. Agarra "güelo" luego "usté". Yo no "hei" manejado ni una cortapluma jamás nunca. Siempre "jui" bien tumbre con mis puras manos.

—Me va a decir que no tenían armas...

—No lo voy a negar. Teníamos. Palos, garrotes y unas pocas carabinas, no más de cinco, que las usaban los cabecillas. Por eso abandonamos el puente.

—¿Qué pasó después?

—Quedó el desparramo. Los carabineros llegaron a Troyo y no quedó otra que arrancar. Yo mismo disparé pa' la Argentina. Acá se pusieron bravos los policías.

Por primera vez interviene su esposa, Zobeida.

—Ahí nos tocó a nosotras. Llegaron los carabineros a mi casa. Querían matar a mi guaguaita de tres meses. Les dije que de hacerlo tenían que terminar conmigo. Me agarré de mi "coltrito" y nos abrazamos. Los mismos carabineros me dijeron que era una venganza pedida por la señora del "fino" Manuel Salas. Gracias a Dios no nos hicieron nada, pero se llevaron todas las pilchitas que teníamos.

Retoma el relato su marido.

—"Jue" brutal la venganza. Ponían al borde del río a los prisioneros y les corrían balas. Se iban como pescados por el Biobío. Hombres, mujeres y niños. Saque cuenta. Murieron tres policías y, lo menos, se "jue" trescientos civiles.

—Pero ustedes liquidaron bastantes civiles contrarios antes de que llegaran los carabineros.

—Cierto. Una cosa no justifica la otra. También estuvo muy mal hecho. A mí todavía me duele aquello. Allí se "jue" mi padre y mi hermano Ernesto. Se "jue"ron, también; ¡qué cresta!

Después de pasar el abandonado puente Ránquil, el teniente Cabrera llega a Troyo donde se habían producido las primeras muertes. Allí detiene al cabecilla Leiva Tapia. Ese mismo día aparecen refuerzos. Diez hombres a cargo del subteniente Edmundo Robertson y 25 al mando del capitán Alfredo Montreal. Juntos, siguen al norte, a Guayalí, segundo foco de la rebelión. En el camino, sucede algo quizás definitivo para la revuelta. En un encontrón con los insurrectos, por disparos de sus propios compañeros, muere el líder Leiva Tapia.

### CRUELDAD EN GUAYALÍ

Juan Domingo Lagos conoció al cabecilla.

—¿Cómo era?

—A la situación de "agora", con lo que uno ha aprendido, era un sectarista, anarquista y dictador. Sólo le interesaba la plata. Nos tenía llenos de cuotas y cuando reclamábamos nos "engolvía" igual que un cigarrillo. También atropellaba a las mujeres de los campesinos. Había que cuidarse de él porque luego se les tiraba al plato. No entiendo de qué forma nos endulzó tanto la pastillita. ¿Cómo podía llevar a una buena finalidad lo que él pregonaba? De nada le sirvió porque también se "jue".

Con los rebeldes encabezados por Leiva Tapia disueltos, sólo queda el grupo al mando de los hermanos Sagredo que no han perdido el tiempo.

Ya habían dado muerte a dos uniformados del retén de Guayalí, el cabo Rafael Basculán y el carabiniere Fidel Montoya. Sagredo ordenó lanzarlos al Biobío.

Luego, el mismo grupo asaltó la casa del administrador del fundo Guayalí, Víctor Vergara. Cuentan que, antes de matarlo, le sacaron los ojos, le cortaron la nariz y la lengua, y lo castraron.

La crueldad fue espantosa. Juan Domingo Lagos relata:

—Se hablan producido lanzamientos y muchas familias quedaron sin tierras. Además, el administrador y su gente les



**AMANTE MENTIROSO.** Isidoro Llanos fue prisionero de los rebeldes y para salvar su vida le ofreció matrimonio a la hermana de sus captores, Emelina Sagredo. Nunca cumplió su palabra, pero sigue vivo. La fotografiamos en el sitio en que comenzó el motín.

hacían maldades a los trabajadores. Incendaban las trillas, se metían a caballo en el trigo limpio y lo desparramaban. Eran reyes y señores de la tierra.

—Pero también mueren tres carabineros.

—Es que ellos participaban en los atropellos.

### AMANTE VIVARACHO

Sabiendo que en la comisaría de Guayalí aún quedaba un policía, cincuenta hombres al mando de Sagredo se dirigen a aprehenderlo. Un par de sublevados, amigos del carabiniere Bernardo San Martín, se acercan al retén a pedirle desayuno. Lo toman prisionero y lo llevan a un lugar que llaman El Matadero. Escriben los corresponsales de prensa de la época que lo hicieron caminar descalzo sobre la nieve y lo asesinaron a puñaladas. Aseguran, también, que una hermana de los Sagredo le sacó los ojos de raíz.

La misma mujer que le sirvió al profesor Isidoro Llanos para escapar de la muerte. Jubilado, hoy vive en Lonquimay. Cuenta que lo tomaron preso mientras hacía clases en la escuela de Ránquil.

Después de salvar la vida en Troyo, gracias a la intervención de un amotinado a quien había hecho un favor, Llanos se ganó un poco de confianza de los jefes.

Lo trasladan al campamento de los Sagredo, donde conoce a Emelina Sagredo. Estimó que allí estaba su salvación.

—Pensé que si le hacía el amor podría salvarme. Empecé a cortejarla y esa misma noche enhebramos algo. Le insinué que podríamos casarnos.

Antes, sin embargo, le pusieron una prueba de fuego. Debía cuidar a los hermanos Gainza, tomados prisioneros en el fundo Contraco.

—Me pasaron un arma y me dijeron que si se arrancaban,

pagaría con mi vida. Fue difícil porque los Gainza me imploraban que les abriera una ventana para huir. No me atreví. Tuve miedo.

Contra todo, al día siguiente lo incluyen en una lista de prisioneros a matar. Allí, según Llanos, apareció "la Emelina".

—Les dijo que yo era su futuro marido y que si me mataban debían hacer lo mismo con ella.

Llanos, quien a la postre no llegó al altar con su protectora, se salvó.

No así los hermanos José y Martín Gainza.

A paso rápido se acercan las fuerzas de Carabineros a la zona de Guayalí. Los perseguidos se repliegan al fundo Lolco, propiedad de Juan Olhagaray, donde también se encuentra un hermano de los Gainza muertos, Luciano Gainza. Más de 200 revoltosos atacan el predio. El tiroteo es intenso. A Olhagaray se le acaban las balas, a su compañero le queda sólo una. Cuando los asaltantes ingresan a la casa, Gainza dispara su última munición... sobre su propia sien.

El indígena Ignacio Maripe, dice el parte de Carabineros, se ensañó con el cadáver. Con un azador de hierro, le sacó el ojo derecho y le quebró la mandíbula inferior.

En Lolco, los rebeldes festejan con gran fiesta la victoria. El vino y los corderos corren. Hasta que el tres de julio, para Santo Tomás, irrumpen el teniente Cabrera y sus hombres para poner fin a esta revuelta que se había iniciado el día de San Juan.

Se acabó la fiesta.

De los 200 rebeldes, sólo 23 ingresaron a la cárcel de Temuco. Del resto, poco se sabe. Uno de los Sagredo murió, el otro se pierde en el tiempo. Leiva Tapia no alcanzó a ver el final. ☐